



LA FIDELIDAD Y LA FECUNDIDAD DE CRISTO

1. ¿POR QUE SER FIELES?

La fidelidad es la capacidad de hacer durar el amor, de seguir amando a pesar de las dificultades: mantener puro, joven y creador (vivo) el primer amor.

Puro.- El amor es puro cuando hay verdadera donación, cuando vence el egoísmo. Lo contrario sería querer al otro de forma posesiva.

Joven.- Supone alimentarlo. Cada día hay que conocer más y mejor al otro tanto de forma personal como a la luz de la fe (cuál es su misión en la vida). No se cansa de perdonar (fidelidad de Cristo) ni de escuchar.

Creador.- El amor creador busca enriquecerse para enriquecer al otro, ser mejor uno mismo para ofrecer al otro lo mejor.

Es algo que cuesta, que exige lucha. Una lucha que se ve agravada por la **mentalidad anti-fidelidad** que nos rodea. Todo es provisorio, no durable; y aplicamos los mismos criterios al amor.

Sin embargo, los esposos cristianos tenemos importantes **motivos para creer en la fidelidad** y para luchar por ella.

En primer lugar, que nuestro propio corazón nos dice que un amor sin fidelidad es siempre superficial y hasta simple mentira, Amar es darse entero, también con todo su tiempo.

Además, el amor conyugal es inseparable de la familia que de él nace. El sano crecimiento de los hijos y de la sociedad suponen la estabilidad de los hogares.

Pero para nosotros, el principal motivo para la fidelidad es nuestro compromiso sacramental: el hecho de haber prometido -los dos- reflejar en nuestro propio amor el amor de Cristo, el Dios que nos amó con un amor fiel hasta la muerte. Cristo vino a revelarnos la fuerza del amor que Dios nos tiene, hecha de fidelidad y ternura. El amor de Dios, a diferencia del nuestro, es capaz de seguir amándonos a pesar del pecado. La fuerza de su amor, de su ternura y su fidelidad no tiene límites. El día de nuestro matrimonio, Él nos regaló -a los dos- esa fuerza: para que pudiéramos amarnos como Él nos amó.

2. LA FIDELIDAD CRISTIANA, UNA VIRTUD ACTIVA

Hay quienes piensan que ser fiel es ser pasivo y resignado, que es simplemente “saber aguantar”. La fidelidad que nos enseñó Cristo es, por el contrario, una **virtud vigorosa y activa**. Supone conservar el propio amor joven y fuerte, para ser capaces de reconquistar al otro siempre de nuevo. La fidelidad es una lucha diaria por robustecer y hacer más hermoso el propio amor. Lucha que se va librando a través de muchas pequeñas cosas, que capacitan para saber vencer también las grandes, cuando se presentan.

El Padre Kentenich (fundador de Schoenstatt) define la virtud de la fidelidad como *“La conservación inmaculada, la dolorosa purificación y la perpetuación victoriosa del primer amor”*.



En este sentido, la fidelidad es una **lucha diaria** por robustecer y hacer más bello el propio amor y supone:

- Lucha que se va desencadenando a través de las pequeñas cosas de cada día (ej., gestos de cariño, un beso, una palabra de aliento, una invitación a cenar, unas vacaciones solos, unas flores) y que nos preparan para vencer también los grandes retos del amor.
- Respeto y esfuerzo que supone tener paciencia y comprensión - y también misericordia - con los defectos del otro.
- Hablarlo todo: disposición y sabiduría para saber esperar y saber escoger las ocasiones y el modo adecuado para aclarar malos entendidos.
- Paciencia para saber infundir confianza en el otro, para que, con la ayuda de Dios avance y progrese, que el otro se sienta seguro con esa confianza que tú le das para que sea él mismo.
- Estar atento para saber agradecer al otro por los detalles de amor o pequeños regalos diarios que nos hace (muchos no son evidentes y es bonito darse cuenta de ellos).
- Nobleza para saber pedir humildemente perdón por las propias faltas.

Perdonar no es signo de debilidad. Todo lo contrario: significa que nuestro amor es tan fuerte como el de Dios. Dios nunca es más Dios que cuando perdona: porque amar a quien lo ha ofendido significa el máximo de generosidad. Perdonar es decidir seguir amando a pesar de la ofensa; el perdón es el gran camino para reconquistar el amor del otro: porque compromete su gratitud.

3. AMOR Y FECUNDIDAD DE LOS ESPOSOS

Amar es darse al otro. Es entregarle la propia riqueza para hacer su vida más plena y fecunda; una primera forma de ella es la **fecundidad espiritual**: esa nueva fuerza de vida que el amor de cada uno ha despertado en el corazón del otro, ayudándolo a crecer, a conquistar valores nuevos, a hacerse más persona y mejor cristiano.

La consecuencia y expresión más hermosa de esta fecundidad espiritual es la **fecundidad física**, representada por los hijos. Porque los esposos no pueden regalarse don más noble y más grande que el hacerse el uno al otro padre y madre. Cada hijo es un don, que aporta una riqueza humana única al hogar. La paternidad debe ejercerse responsablemente. Pero, sin duda, es a través de la maternidad y de la paternidad que el hombre se asemeja más a Dios, colaborando con Él en la creación de una nueva vida... para toda la eternidad.

El amor de Dios es como un Sol que difunde su luz sin límites. Del mismo modo, la fecundidad de los esposos debe proyectarse más allá del propio hogar, convertida en fecundidad de toda la familia, que debe convertirse en una “pequeña Iglesia” y mediante el apostolado del ser dar un testimonio de fidelidad al mundo. Participando de la vida de toda la Iglesia para desplegar el máximo de **fecundidad apostólica**.